

vosotros. Cuando hayáis muerto, os tenderán la mano para arrancaros del abismo; y, mientras estéis vivos, intercederán por vosotros, os obtendrán la gracia de vivir en el temor de los juicios del Señor. [Manuscrito 19]

El cielo

Oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit quæ præparavit Deus iis qui diligunt illum (1 Co 2, 9).

Hermanos míos, sólo a la religión de Jesucristo le corresponde ser por todas partes verdadera, hermosa y sublime. Luminosa en los asuntos de su fe, ha librado al mundo de un diluvio de errores; perfecta en su moral, ha dado a las almas más perversas la herencia de las mayores virtudes; siempre proporcionada a nuestras necesidades, ha opuesto a los excesos de nuestra corrupción el espectáculo espantoso de los castigos más terribles; finalmente, condescendiente con nuestras debilidades, eleva nuestro ánimo mediante las mayores y más magníficas promesas: *Oculus non vidit, nec in cor hominis ascendit...* Muy diferente de las religiones hechas por los hombres, ella es la única que nos presenta recompensas dignas de Dios y de una gran alma. La ley mosaica, por muy divina que fuese, sólo prometía a los judíos carnales, hasta la venida del Mesías, la grasa de la tierra y goces temporales. El paganismo representaba su Elíseo como un lugar donde se celebraban banquetes y danzas, cuya eterna duración hubiera bastado para hacer de ellos un tormento de infierno. Finalmente el Corán sigue prometiendo a sus discípulos infames volup-tuosidades, los placeres vergonzosos de la carne. No nos extrañemos por ello: las pasiones son las que han concebido estos lugares de recompensa, era natural que dejaran ahí el sello de su ignominia.

Pero el Dios que es todo espíritu, el Dios que es todo corazón, debía decir esencialmente a todos los hombres: *Oculus non vidit, nec in cor hominis ascendit...*; entonces Él hablaba un lenguaje del gusto de todas las naciones y de todos los pueblos, del gusto de los sabios y de los ignorantes, del gusto de las almas puras e incluso de las almas voluptuosas; porque éstas, demasiado a menudo cansadas, fatigadas por el desorden y la borrachera de los placeres de los sentidos, confiesan siempre que éstos no están hechos para llenar su corazón, que no están hechos para contentar su espíritu, es decir, que no están hechos para la felicidad del hombre, ya que el hombre, sin su espíritu y su corazón, no es más que un vil montón de barro, de corrupción, de fango.

Alegraos, pues, cristianos que me escucháis, porque, al descubriros hoy la dicha de la patria celestial, puedo pintaros una felicidad tan conforme a vuestros deseos y a las necesidades de vuestros corazones.

Voy a hablaros del cielo, voy a transportaros al cielo; con vosotros sólo quiero ocuparme del cielo. Dejad de llorar, almas afligidas; y vosotros, pecadores, estad atentos. Quiero despertar vuestras esperanzas, arrancaros de la tierra abriéndoo los cielos. Y, para ello, éste es mi programa: el cielo es la dicha del espíritu, primer punto; él llena el corazón con abundancia de alegrías y con la dulzura de los bienes y consuelos del corazón, segundo punto ²².

²² Sólo conservamos el exordio de este sermón. El manuscrito 12 (A01.212), que trata del mismo asunto, se compone de notas breves e incompletas, propias del tipo de preparación que el Padre Coindre efectuaba con vistas a sus predicaciones.

Virgen santísima, augusta reina de este magnífico imperio, dignate remediar la debilidad de mis ideas y mi carencia de opiniones. Quítanos el velo que nos esconde estas brillantes y eternas moradas. Haz descender hasta nosotros algunos rayos de la gloria celestial para que, deslumbrados como Pablo por una luz divina, lleguemos a ser como él verdaderos discípulos de Jesucristo. *Ave María.* [Manuscrito 11]

El infierno ²³

Hermanos míos, hoy vengo de parte del Señor a anunciaros el más horroroso y terrible de los espectáculos; si toda nuestra carne no está invadida por el terror, es que o bien se ha vuelto insensible, o ya no sigue unida a un alma inteligente: el infierno, el infierno es lo que voy a predicaros. En cuanto ministro del juez de vivos y muertos, así como del Padre de todos los hombres, hasta ahora sólo os he hablado de las misericordias de mi Dios. Por lo tanto, traicionaría mi ministerio si pasase por alto el terror de su espantosa justicia, privaría a mis predicaciones de la verdad que las sanciona, sería responsable de las almas de estos pecadores que hasta ahora han resistido a mi voz si no les hiciera oír las horribles y desgarradoras voces que resuenan en los abismos y que pueden convertirles. Pre-

²³ En el programa de las misiones parroquiales, el Padre Coindre se reservaba habitualmente la predicación de las postrimerías; sus contemporáneos refieren que producía una fuerte impresión. Los archivos generales conservan numerosos manuscritos, a menudo fragmentarios, sobre este asunto. A falta de un conjunto completo sobre el infierno, aquí encontraremos tres extractos: un exordio, un anuncio de plan y una invocación final; y a continuación, bajo el título *Soy bueno y honrado*, la refutación de una objeción corriente en boca de los cristianos.